

una parte del panteon del Cármen se hallaba destruido, y por donde quiera que se dirigia la vista no se acertaba á descubrir mas que escombros y ruinas. Aunque los franceses habian generalizado el fuego de cañon en todas direcciones, era muy marcado el que hacian sobre las manzanas que se hallan en uno de los costados de la Plazuela de San Agustin y con vista á la llanura, y la que se halla á la espalda de Santa Inés y con vista tambien á la llanura. Despues de algunas horas, los disparos fueron siendo mas lentos hasta cesar por largos espacios de tiempo. Eran las cuatro de la tarde cuando los sitiadores rompieron de nuevo y con mayor vigor sus fuegos de cañon sobre las manzanas ya referidas, generalizándolos por toda la línea hasta el fuerte de Teotimehuacan. Una hora despues estaban abiertas grandes brechas en las manzanas sobre las cuales volaron al asalto los zuavos franceses con extraordinario arrojo. Ocupaba el punto asaltado el coronel D. Joaquin Sanchez Roman, con el 4.º batallon de Zacatecas y otros cuerpos no menos entusiastas. En aquellos momentos se hallaba en el punto acometido, el valiente general D. Porfirio Diaz, como jefe de aquella línea. Los asaltados resistieron heróicamente á sus agueridos contrarios, consiguiendo al fin rechazarlos; mas esta ventaja produjo un entusiasmo en los defensores del punto, que les fué funesta á los pocos instantes. Las tropas, sin comprender toda la astucia de los contrarios, y juzgando por una completa derrota el triunfo alcanzado, se entregaron á las mayores manifestaciones de regocijo en vez de prepararse para un nuevo y pronto ataque. Los zuavos, al advertir la confianza en que se hallaban sus

contrarios, volvieron rápidamente á dar otro asalto á las manzanas, las cuales cayeron en su poder, á pesar de haberlas defendido valerosamente las tropas que guarnecian aquel punto de la línea. Los sitiados perdieron en esta desgraciada, pero honrosa defensa, una pieza de montaña que quedó sepultada bajo el techo de una casa que se desplomó; ciento cincuenta hombres, entre muertos y heridos del 4.º batallon de Zacatecas; y número igual de cada uno de los batallones de Rifleros de San Luis y 1.º de Aguascalientes, cuyos dos batallones pertenecian á la division del general Negrete y que Ortega envió en auxilio de las fuerzas del punto atacado.

1863. Sensible fué para los sitiados la pérdida  
Abril. de esas manzanas y de los cuatrocientos cincuenta hombres de sus defensores; pero no por esto decayó en lo mas mínimo el espíritu del soldado.

La manzana ocupada por el coronel Auza que se hallaba entre las calles de Villareal y Cañitas, fué tambien blanco de la artillería de los sitiadores que abrieron en ella grandes brechas, aunque no llegaron á asaltarlas. El general en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega sabiendo el mal estado que guardaba, fué muy entrada la noche á visitar la maltratada manzana, y convencido de que los sitiadores la destruirian por medio de su artillería sin necesidad de asaltarla, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros de cañon, ordenó al expresado coronel Auza que la abandonase despues de incendiarla, y que se replegase á la manzana inmediata, que era la de Santa Inés, que formaba parte de la línea fuerte que se estableció para la defensa de la ciudad despues de la pérdida del fuerte

de San Javier. También le dió orden en la misma noche, al general Berriozabal, de que incendiase las manzanas que habian ocupado en la tarde las fuerzas francesas. Ambas órdenes fueron cumplidas inmediatamente, quedando aquella parte de la ciudad convertida en ruinas.

Vehemente era el deseo que tenia el general D. Ignacio Comonfort en introducir víveres y municiones en la ciudad de Puebla, para que sus defensores pudiesen sostener por largo tiempo el sitio; pero su introduccion presentaba grandes dificultades por el cuidado que los sitiadores tenian de sus movimientos. Resuelto sin embargo á intentarlo, acopió una cantidad de harina, y encargó la introduccion de ella á la plaza, al general Rivera. Este se dirigió inmediatamente con una fuerza escogida, á cumplir con la importante mision que se le confiaba, y se aproximó á la ciudad sitiada, tomando todas las precauciones para no ser descubierto por las fuerzas sitiadoras. La harina iba colocada en costales pequeños, con el fin de que pudieran ser conducidos desde cierta distancia, de noche, en hombros de indios, para evitar así todo ruido que pudiera llamar la atencion de los contrarios. El general Rivera, lleno de fé en que lograria introducir los víveres sin ser visto por los franceses, creyó peligroso escribir al general Ortega dándole aviso de que se aproximaban á la plaza y protegiese la entrada de los efectos que llevaba, temiendo que el papel cayese en poder de los franceses y fracasase, en consecuencia, la empresa. En la noche del 18 al 19 de Abril se acercaba el expresado general Rivera á la plaza sitiada, sin haber sido visto por los sitiadores. Casualmente en esa misma noche habia hecho salir de la

ciudad de Puebla el general Ortega el 4.º escuadron de Zacatecas para observar el campo sitiador. Esto, que, á haber habido una combinacion entre las fuerzas que conducian los víveres y las de la plaza habria dado un brillante resultado, produjo algunas lamentables desgracias, y que dejase de introducirse la mayor parte de la harina que se enviaba á los sitiados. Las tropas de Rivera y las que habian salido de la ciudad se encontraron en un punto inmediato á la línea de los sitiadores, y creyéndose

1863. enemigas, porque la oscuridad de la noche  
Abril. impedia conocerse, se trabó entre ellas un combate que causó algunas víctimas, hasta que afortunadamente se conocieron. Como la escena habia pasado á poca distancia de la línea sitiadora que, por aquella parte, se puso inmediatamente en movimiento, solo se logró introducir en la plaza noventa arrobas de harina, cantidad harto insignificante para la numerosa guarnicion que la defendia.

D. Juan Nepomuceno Almonte, que conocia la importancia de algunos pueblos ocupados por las tropas liberales que se hallaban fuera de la plaza y cuyo objeto era proveer á ésta de víveres y atacar los convoyes, manifestó á Forey lo conveniente que seria que en Cholula y Atlixco hubiese destacamentos de fuerzas mejicanas conservadoras. Admitida la idea por el general Forey, marchó una seccion, perfectamente equipada, á ocupar los expresados puntos. Carbajal, avisado de que se aproximaban fuerzas conservadoras, abandonó inmediatamente el pueblo de Atlixco, y pasando por Izucar de Matamoros, en cuya poblacion cometieron lamentables desórdenes

sus soldados, se unió á Comonfort. Este, comprendiendo lo importante que era para hacerse de víveres con que socorrer á Puebla, arrojar de Atlixco las fuerzas contrarias, le dió dos mil hombres para que recobrase el punto. Carbajal se dirigió inmediatamente á atacar á las tropas conservadoras que se habian situado en Atlixco; pero fué derrotado por ellas y precisado á retirarse despues de haber perdido unos quinientos hombres entre muertos y heridos, no bajando de doscientos el número de prisioneros que además le hicieron.

Aunque en los campamentos de los sitiadores de nada se carecia porque eran continuos y numerosos los convoyes de víveres y pertrechos de guerra que recibian, los jefes mejicanos de las fuerzas conservadoras se manifestaban impacientes de la prolongacion del sitio, y calificaban al general francés Forey, de poco activo y negligente en sus operaciones militares. El coronel conservador Gonzalez, que lamentaba que el expresado general llevase un mes ya al frente de Puebla, le decia en una carta á un amigo: «No se ha tomado hasta ahora mas que el Penitenciario, San Javier y el Parral. Puebla no está ya en nuestro poder porque *no se quiere atacar*: no hacemos mas que comer, beber y dormir. Las tropas están desesperadas; ha habido momentos, como en la toma del Penitenciario, en que habria podido tomarse la plaza, cuando por el contrario se contuvo el ímpetu de las tropas y se mandó que se retiráran. Comonfort está en San Martin: muy fácil es derrotarle; pero no se hace, y él, por su parte, apenas nos molesta».

No era, sin embargo, la toma de Puebla tan fácil como

la pintaba el expresado coronel Gonzalez. Los defensores estaban resueltos á combatir sin cejar, tenian fuerzas considerables, y habian hecho obras de fortificacion que debian costar á los asaltantes, para tomarlas, crecidas pérdidas. Un ataque rudo lanzando columnas sobre la ciudad, fácil era que hubiese sufrido un terrible descalabro; y Forey, que no podia reponer las bajas que tuviera, habria obrado con poca cordura exponiendo el éxito de la empresa á un asalto peligroso, cuando de la manera que obraba, contaba con un resultado satisfactorio para sus armas. Juzgó que la pérdida de algun tiempo era preferible á la de algunos miles de sus soldados, y adoptó un plan en que creyó conveniente subordinar la fogosidad á la prudencia.

1863.

Abril.

Entretanto la ciudad de Puebla seguia sufriendo el horrible fuego de las baterias sitiadoras que continuaban arrojando incesantemente sobre ella sus destructores proyectiles sólidos y huecos. La guarnicion, llena de entusiasmo y de valor, disputaba palmo á palmo el terreno, resuelta á no abandonar las manzanas que defendia sino hasta verlas completamente destruidas, como las que hasta entonces habia defendido. Por todas partes levantaba trincheras y en todas partes se mostraba con el mismo entusiasmo. Pero no porque les sobrase el valor á los generales y jefes que despreciando el peligro luchaban con heroismo, dejaban de conocer muchos de ellos, que la posicion que guardaba la plaza era cada vez mas difícil, puesto que ningun auxilio recibia del cuerpo de ejército del centro. El dia 22 de Abril se presentaron en la oficina del cuartel-maestre, sin prévia citacion del

General en jefe, los generales Berriozabal, Negrete, Antillon y D. Ignacio la Llave. En el mismo sitio se hallaban tambien ya los generales D. Francisco Paz, Mejía y D. Porfirio Diaz. Este último solo visitaba el cuartel general, segun lo asegura el mismo General en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega, cuando algun negocio de mucha importancia, relativo á la línea que defendia, le llevaba á aquel punto. Reunidos todos, llegó tambien el general D. Miguel Auza, hombre de un valor y serenidad admirables, quien hablando aparte y reservadamente con D. Jesús Gonzalez Ortega, le hizo saber la causa que motivaba aquella reunion. Le dijo que el objeto de ella era pedirle que abandonase la plaza, y que á él le habian visto algunos de los generales que se hallaban en la junta, recomendándole que secundara sus proyectos é influyera para que el general en jefe se prestara á la realizacion de ellos, y que, en el caso de negativa por parte de Ortega, hiciera dimision del empleo militar que tenia en el cuerpo de ejército de Oriente, pidiendo su baja en él, como estaban resueltos á hacerlo los generales que mandaban divisiones. (1) Don Miguel Auza manifestó igualmente, que no accedia á esto último, dando por respuesta á los que le comisionaron, que no podia por motivo alguno pedir su baja en el mencionado cuerpo de ejército; y en seguida añadió; que solo cumplia con un encargo, en obsequio de la consideracion que le merecian los individuos que le habian ocupado; pero que él, sin manifestarle su opinion particular res-

(1) Refiero exactamente, de la manera misma con que está contado el hecho en el parte general dado por D. Jesús Gonzalez Ortega al Gobierno.

pecto de la plaza, en nada influia, ni le indicaba tampoco cosa alguna con relacion á ella, porque deseaba que hiciera quien estaba al frente del cuerpo de ejército de Oriente, lo que juzgase mas conveniente al honor de las armas.

Terminada esta breve conferencia privada entre D. Miguel Auza y D. Jesús Gonzalez Ortega, el general Mejía, tomando la palabra dijo al segundo, sin hacer suya proposicion alguna, cuáles eran las pretensiones de algunos de los generales que se hallaban presentes, refiriendo, en sustancia, lo mismo que poco antes le habia manifestado D. Miguel Auza. El General en jefe Ortega contestó, que no juzgaba honroso el abandono de la plaza. Entonces tomaron alternativamente la palabra Berriozabal, la Llave, Antillon y otros, tratando de convencerle que era todo lo contrario; que romper el sitio, cuando se carecia de recursos, no solo era un rasgo meritorio, sino que era utilísimo, pues se salvaba el ejército que sostenia las instituciones democráticas.

Don Jesús Gonzalez Ortega opuso á los argumentos y observaciones que se le hicieron, estas palabras: «que él »no habia recibido mas consigna del Supremo gobierno »que defender la ciudad de Puebla y, en consecuencia, el »honor de las armas liberales y el del benemérito cuerpo »de ejército que mandaba: que, por lo mismo, la obliga- »cion que él tenia como soldado, y como él todos los »demás, era defender las Instituciones, obedeciendo las »órdenes del Gobierno, único que tenia poderes legítimos »de la nacion para salvar, en los términos que él creyera »por conveniente, aquellos caros principios».

1863. Se le objetó á esto, que la defensa de la plaza no podia dar ya un resultado satisfactorio; que todo lo que podia hacerse era luchar, como hasta allí, con valor; como correspondia al honor de las armas; pero que habiendo dejado bien puesta la honra militar, como sitiados, podia el ejército alcanzar nuevos lauros lanzándose á la campaña, abandonando la ciudad cuando ya su defensa no podia proporcionar la victoria y empezaba á faltar la fuerza moral en parte de la tropa.

Esta última indicacion fué mas bien vertida para inclinar á Ortega á que se resolviese á aceptar el plan que le proponian y del que esperaban grandes resultados, que porque hubiesen advertido el menor cambio en el soldado. Lejos de haber llegado á desmoralizarse, habia cobrado mayor confianza y no se notaba en él sino actividad y entusiasmo. Como esto estaba á la vista de todos, Ortega contestó con bastante calor: «que él no consideraba que »las tropas se encontrasen en el estado de desmoralizacion »que se acababa de decir, porque las veia llenas de entusiasmo, de entereza y de vigor; pero que aun en la hipótesis de que las juzgara de otra manera, permaneceria »siempre en la plaza, porque éste era su deber; y que en »el remotísimo y casi imposible caso de que el cuerpo de »ejército se desbandara, la nacion no veria en ese acto, »sino una accion ejecutada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los habia entre los defensores de la plaza, mas no un paso deshonoroso dado é iniciado por sus generales» (1). Dichas estas palabras, repitió

(1) Parte general de Ortega al Gobierno.

que él no habia recibido otras instrucciones del Gobierno, que las de defender á Puebla; y que de esa consigna no se separaria ni en lo mas pequeño, porque su separacion importaria tanto como contraerse una inmensa responsabilidad que no aceptaria jamás; añadió que aquel era su deber; y manifestó que lo llenaria, fueran cuales fuesen los tropiezos y dificultades que se le presentasen.

La discusion fué tomando calor; y habiéndole hecho por los que opinaban conveniente el abandono de la plaza para salvar el ejército, la falta de víveres que se empezaba á experimentar ya, contestó: «Que el sacrificio del cuerpo de ejército de Oriente no era inútil, si á él le conducia la defensa de la plaza, en atencion á que ese era el deber que le impusiera el Gobierno y el honor de las armas de la República; que la calificacion de si era ó no inútil aquel acto, estaba sujeto, no á los generales que mandaban divisiones, sino al Gobierno supremo en primer término, y al General en jefe, en segundo; y que ni uno ni otro habian juzgado hasta entonces inútil el sacrificio honroso de sus milicianos, si á ese sacrificio les conducia los azares de la guerra; que si llegaban las cosas al extremo de tener que abandonar la ciudad, se haria arrollando á los contrarios por uno ó dos puntos para romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado; pero que esto estaba reservado á hacerlo «cuando hubiera consumido de una manera absoluta todos los víveres y municiones con que contaba la plaza, esto es, cuando ya ningun poder humano pudiera salvarla» (1).

(1) Parte general de Ortega al Gobierno.